

RAFAEL CALDERA

Tres discursos sobre

JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ



EDICIONES DE LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

1996

La presente edición, patrocinada por el Ministerio de la Secretaría de la Presidencia, recoge tres discursos pronunciados en diversas oportunidades por el actual Presidente de la República, Doctor Rafael Caldera, acerca de la extraordinaria personalidad del santo de Isnotú, Doctor José Gregorio Hernández. La misma, está precedida de la carta que el señor Presidente envió el diez de septiembre de mil novecientos setenta a su Santidad Pablo VI, expresándole el anhelo profundo de Venezuela por una pronta elevación a los altares de tan eminente compatriota, cuya figura se encuentra sembrada en el corazón de todo el pueblo; y contiene, además, la respuesta enviada al Presidente por el sucesor de Pedro, dando testimonio de la disposición esperanzadora que en tal sentido mantiene la Sagrada Congregación encargada de la causa de beatificación del Siervo de Dios.

En la ceremonia de despedida al Papa Juan Pablo II, con ocasión de la providencial y segunda visita que nos dispensara, Rafael Caldera renovó ante el Santo Padre la súplica popular de la cual queda constancia en este libro titulado **Tres Discursos sobre José Gregorio Hernández**, que es prueba de la profunda fe cristiana de los venezolanos y de su Presidente.

Palacio de Miraflores,
2 de agosto de 1996



**CARTA A SU SANTIDAD
EL SUMO PONTÍFICE PAULO VI**

*A Su Santidad el Sumo Pontífice
Paulo VI*

Beatísimo Padre:

Alta y significativa honra tengo al expresar a Vuestra Santidad, en mi carácter de Presidente de la República de Venezuela, el sentido y profundo anhelo de que el Siervo de Dios, doctor José Gregorio Hernández, cuyo proceso de beatificación está en manos del correspondiente Dicasterio, sea elevado al honor de los altares. Creo interpretar, en esta forma, los sentimientos del pueblo venezolano, cuya mayoría profesa la religión católica y tributa fervorosa y creciente devoción a ese eminente compatriota que, por la integridad de su vida, la excelencia de su caridad, la rectitud de sus procederes como la firmeza de sus convicciones, y el ejemplo que dió desde la cátedra, fue no sólo creyente ejemplar sino egregio profesor universitario.

Tengo la plena seguridad de que la más pronta exaltación de este Siervo de Dios contribuirá poderosamente al afianzamiento de la fe en nuestra patria y a la de los ideales que sostienen y enaltecen a los pueblos, por tratarse de un sabio eminente cuya limpia vida alaban sin distinguos creyentes e incrédulos.

Dios guarde a Vuestra Santidad,

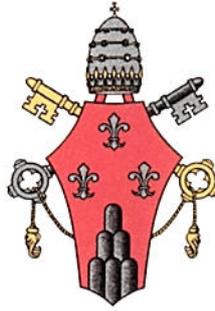


*Rafael Caldera
Presidente de la República de Venezuela*

*Palacio de Miraflores, en Caracas a los
diez días del mes de septiembre del año 1970*



**RESPUESTA AL EXCELENTÍSIMO
SEÑOR DON RAFAEL CALDERA**



*Al Excelentísimo Señor Don Rafael Caldera
Presidente de la República de Venezuela*

Con ánimo grato hemos recibido la carta del 10 de los corrientes, con la cual Vuestra Excelencia nos expresa los fervientes votos de la noble Nación Venezolana para que sea llevada a términos la Causa de Beatificación del Siervo de Dios, José Gregorio Hernández.

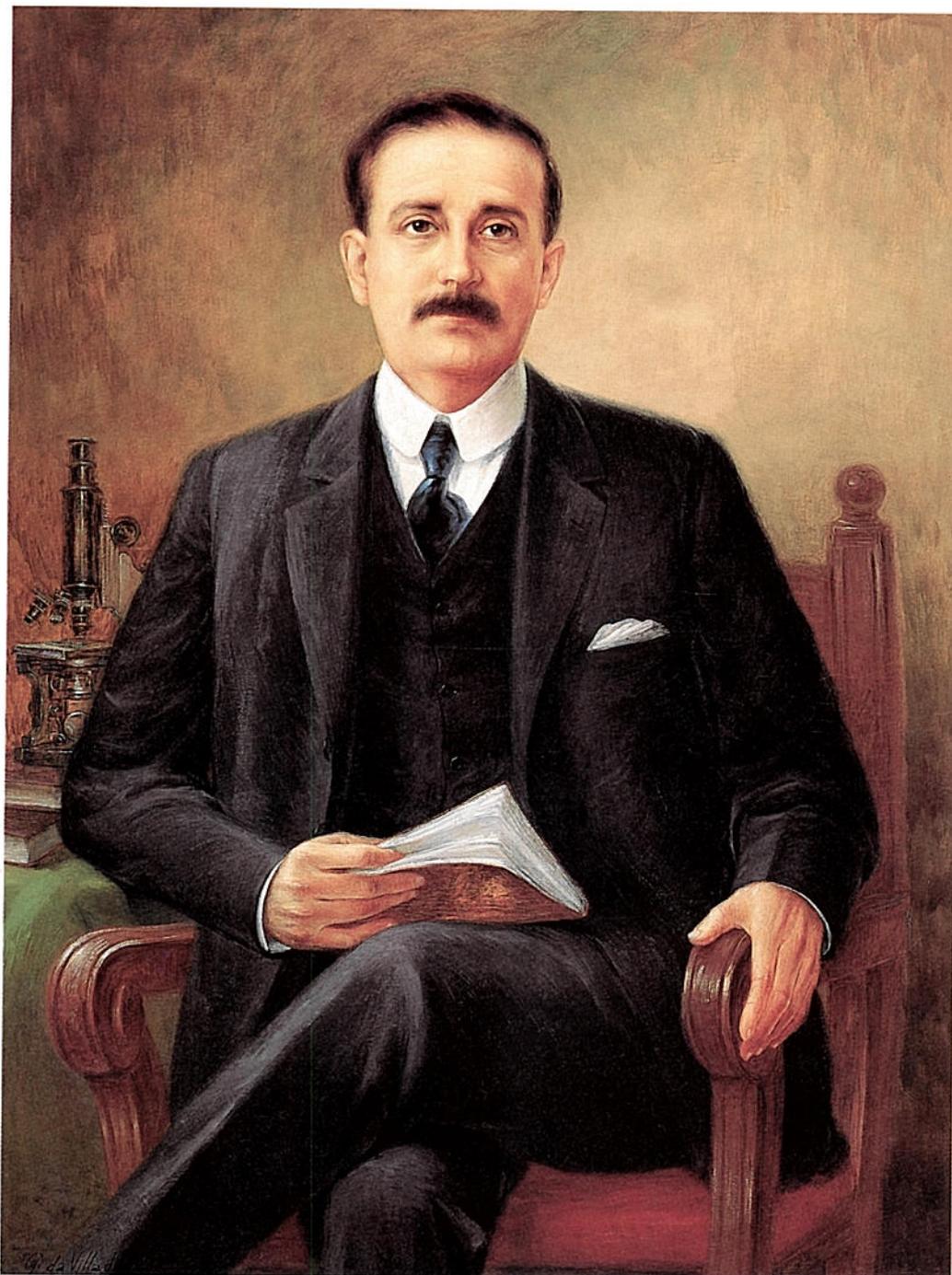
Nos complacemos en manifestar a Vuestra Excelencia nuestro sincero reconocimiento por este significativo gesto de fe y de piedad, al que habían precedido tres importantes discursos de Vuestra Excelencia, exaltando la figura del Siervo de Dios y podemos asegurarle que el objeto de la petición será examinado con diligencia por la Sagrada Congregación competente.

No se le oculta a Vuestra Excelencia cómo la Iglesia debe proceder en estas causas siguiendo cuidadosamente ciertas normas; pero se siente muy gozosa cuando puede obtener un éxito positivo y llenar las aspiraciones de quien las propone con tanta autoridad y sentimiento religioso.

Correspondiendo de corazón a sus devotas expresiones, invocamos sobre Vuestra Excelencia y sobre todo ese amadísimo País la continua asistencia divina y copiosas Bendiciones del Altísimo.

Vaticano, 28 de setiembre de 1970.

Paulus P.P. VI-



Cuadro al óleo del pintor Guillermo Locatelli, ubicado actualmente en Villa Monsensol. El Marqués - Caracas

**PALABRAS DEL SEÑOR
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
DOCTOR RAFAEL CALDERA,
EN LA CEREMONIA OFICIAL DE
DESPEDIDA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II**

Aeropuerto Internacional de Maiquetía
11 de febrero de 1996

Beatisimo Padre:

Gracias, mil gracias, millones de gracias por la visita de Su Santidad a Venezuela.

Esa visita ha significado, para incontable número de venezolanos, un grito de alegría, una conmoción de esperanza, de esa esperanza que necesitamos fundamentalmente para ganar el destino mejor para Venezuela.

Gracias por esta visita, Santidad. Han sido unas jornadas inolvidables, en las cuales ha habido dos protagonistas: Su Santidad y el Pueblo. Su Santidad y el Pueblo, estrechamente entrelazados dentro de una sola afirmación de fe, de esperanza y de amor, que es fundamental para la vida de nuestro país.

Quiero expresarle especialmente a Su Santidad, mi gratitud y la de mis demás compatriotas por su estupendo mensaje a los constructores de la sociedad. Allí se revela un conocimiento diáfano de la realidad venezolana. Se interpretan a fondo nuestros problemas y nuestras realidades, nuestras carencias y nuestra posibilidades y se proyecta un mensaje claro, donde se aplica a la realidad actual de Venezuela, esa doctrina social de la Iglesia, de la que Su Santidad es uno de los más egregios maestros.

Gracias por el mensaje a nuestros jóvenes. El mensaje para que sean profetas de la vida, para que sean protagonistas de su propia historia, para que abran su corazón a la verdad.

Gracias, Santidad. El nombre de Su Santidad quedará estrechamente unido a Venezuela. Su Santidad nos hizo el inmenso honor de llevar a los altares, por primera vez, a una persona nacida en Venezuela: la eximia y amada Madre María de San José. Con todo respeto, ruego a su Santidad perdonar que le diga que Venezuela espera también la elevación a los altares -cumplidas como hayan sido todas las exigencias de la Iglesia Católica- del Siervo de Dios José Gregorio Hernández, un venezolano ejemplarísimo en el ejercicio de la ciencia y la caridad.

Santidad: cuando estemos separados por el océano, cuando veamos desde lejos la imagen suya, Venezuela se sentirá estrechamente ligada a Su Santidad con ese gesto que ha llegado al fondo de su corazón desde la primera visita a nuestra patria. Muchos venezolanos dirán en su interior: !Bendición Santo Padre! Esa bendición será la fuerza que nos ayude para superar nuestras dificultades, para lograr el objetivo fundamental de construir un país mejor en un mundo mejor.



Cuadro al óleo que se conserva en la casa parroquial de la Iglesia de La Candelaria - Caracas.

Tres discursos sobre

JOSÉ GREGORIO HERNÁNDEZ



Bronce del escultor Francisco Narváez que desde 1950 se encuentra en la entrada del Instituto de Medicina Experimental. Ciudad Universitaria - Caracas

ESPIRITU UNIVERSITARIO: HERNÁNDEZ Y RAZETTI

Palabras en el Congreso Nacional
con motivo del homenaje a José Gregorio Hernández
19 de junio de 1944,

HOMENAJE A UNA AMISTAD EJEMPLAR

El homenaje que los senadores y diputados por el Estado Trujillo promueven a la memoria ilustre del doctor José Gregorio Hernández encontrará, sin duda, la más amplia y fervorosa de las acogidas en todos los congresantes de Venezuela. Es justo que a aquéllos quedara discernido el honor, mezclado de un legítimo orgullo, de ser los iniciadores de este acto, para reivindicar con toda la satisfacción que debe darle a su gentilicio la circunstancia feliz para el estado Trujillo de que dentro de su suelo hubiera nacido un hombre de la talla de Hernández.

De no ser así, estoy seguro de que todos nosotros habríamos suscrito ese proyecto dentro del cual se rinde un homenaje de sinceridad hacia un hombre que merece la mayor simpatía; habrían sido nuestras firmas al pie del Proyecto de Acuerdo la votación anticipada, con carácter unánime, sobre los despojos mortales de aquel hombre tronchado en plenitud de florecencia, cuando estaba entregado de lleno a la tarea de difundir la ciencia y de sembrar el bien.

Su muerte significó un intenso homenaje nacional, por que este crisol formidable de venezolanidad que es la capital de la República, donde nos fundimos en un solo corazón venezolano los hombres que llegamos desde todos los rincones de la provincia, se desbordó en las calles a rendir con la espontaneidad más grande el tributo del último adiós a aquel cadáver que se peleaban los hombros de la gente humilde y de la gente poderosa en aquel entierro hecho eco en la memoria

nacional por sus características que representaron sin duda una verdadera apoteosis.

Yo creo, ciudadanos congresantes, que el homenaje que rendimos a Hernández tiene una significación especial, por la significación especialísima que el mismo Hernández representó dentro de la ciencia venezolana. En Venezuela las profesiones liberales (y dentro de ellas la profesión médica, que ha sido la que ha tenido mayor figuración en la vida nacional) se han dividido, desgraciadamente, entre un grupo de hombres de ciencia eminentes, pero algo indiferentes a las necesidades colectivas y un grupo de apóstoles entregados al ejercicio del bien, pero desgraciadamente no versados en forma eficaz en los principios de la ciencia. Hernández fue un científico, Hernández fue lo que podríamos llamar en el lenguaje de nuestros días un técnico; fue el hombre de laboratorio, fue el maestro de las investigaciones de Rangel, fue el iniciador de un campo vasto dentro del cual la experimentación es viva fuente de conocimientos; pero el doctor Hernández, eminente por su disciplina científica, no quiso refugiarse en una torre de marfil, no se encerró en el laboratorio a hacer sus investigaciones, ni se refugió en el placer hasta cierto punto egoísta de sus libros; el doctor Hernández sabía que más allá del laboratorio y del microscopio, que más allá de las investigaciones científicas existía una realidad social dolorosa, inquietante, necesitada de hombres generosos que se dieran a la obra sin regateo, y Hernández fue hasta el pueblo de Venezuela; y aquel científico, a quien se debe el haber fundado una escuela de descubrimientos, nunca tuvo el menor desdén por bajar hasta la choza más humilde a

curar la más pequeña de las enfermedades con la más simple de las medicinas, siempre que se tratara de una obra de bien.

Hoy, dentro de todas las profesiones liberales, invadidas por movimiento científico muy loable en sus bases, muy conveniente en sus aspiraciones, deja sentir sin embargo nuestra patria la figura olvidada del profesional apostólico, del profesional humano, del profesional que no dejó que el corazón se atrofiara por la hipertrofia del cerebro. No es el puro cerebro tecnificado lo que representa una salvación para los problemas nacionales, no es tampoco la pura figura del apóstol sin ciencia, el caso ineficaz de corazón hipertrofiado que no tuviera para funcionar la base firme de una doctrina científica.

Hernández fue de aquellos que supieron llenar, quizás, todos los valores del espíritu; que supieron dar a su intelectualidad el cultivo ambicioso y fecundo, pero que al mismo tiempo supieron mantener, para bien de su prójimo y para recuerdo glorioso de su nombre, todo el caudal de humanidad que tiene que desbordar el corazón de un hombre planteado ante un panorama de necesidades innumerables. Es un símbolo para nuestras nuevas generaciones este símbolo de Hernández que bien pueden calificar los médicos, que bien podemos calificar los abogados, que bien pueden calificar los hombres que militan en todas las carreras liberales, porque necesitamos hoy que nuestros técnicos se impregnen vivamente de las necesidades de la patria, porque necesitamos hoy que nuestros técnicos sean hombres, que no sean máquinas puestas al servicio de principios

sistematizados sin aplicación directa y fecunda sobre la realidad de nuestra patria. No son sabios simplemente lo que necesita Venezuela. Necesitamos sabios humanos, necesitamos hombres sabios, necesitamos individuos que compartan la doble responsabilidad de entregarse a las necesidades de su pueblo y de cultivar con tesón y con entusiasmo los principios de la ciencia, sin los cuales es imposible realizar una labor útil, eficaz y duradera.

Yo quiero apreciar en este sentido el homenaje que el Congreso de Venezuela hará a la memoria de Hernández. Es el primer toque de un homenaje nacional que habrá de hacerse para que el 29 del presente mes, cuando se cumplan veinticinco años de su dolorosa muerte, toda Venezuela se ponga de pie y reivindique la huella gloriosa de este hombre y para que glorifique también la figura gloriosa de una época ejemplar. Porque, señores, en la misma época en que Hernández desde el más firme reducto de sus convicciones religiosas abría senderos útiles y profundos en la Universidad de Caracas a la Medicina Experimental, en esa misma época Razetti desde su posición materialista sabía también sembrar una acción fecunda, una acción generosa. Nuestro honorable colega el diputado Pacheco Rojas al proponer este homenaje en la cámara de diputados, leyó un juicio de Luis Razetti para quien las obras de Hernández son una cifra valiosa en el pensamiento y en la cultura de Venezuela. Hernández y Razetti, dos hombres divorciados profundamente por los principios filosóficos, supieron combinar sus esfuerzos en el seno de nuestra “Alma Mater” y realizar una labor que todavía repercute en el horizonte nacional.

Yo comparto plenamente la actitud filosófica de Hernández. No estoy colocado dentro de lo que dice la enseñanza filosófica de Razetti. Yo he visto complacido, sin embargo, cómo en las Cámaras Legislativas y en todos los sectores de Venezuela se ha rendido homenaje a Razetti, a Razetti el científico y a Razetti el hombre, que supo realizar una labor de adelanto en el seno de la Universidad y una labor de bien en la colectividad popular.

Al reivindicar, pues, la gloria legítima de José Gregorio Hernández, quien representa la otra alta figura de esa misma época, de esas mismas aulas universitarias, de esa misma labor creadora, yo creo que el homenaje para Hernández habrá de ser también unánime: por los que compartimos sus convicciones y por aquellos que sin compartirlas, las respetaron siempre como un ejemplo de integridad vivida por los que sentimos, sobre todo, esa profunda significación de nuestra Universidad Central como techo que cobija todas las preocupaciones generosas, como campo abierto y fecundo para todos los debates científicos que se orientan hacia el engrandecimiento de la patria. Porque, señores, si Hernández y Razetti enseñaron en la Universidad de Caracas desde dos posiciones filosóficas absolutamente irreductibles y si desde esas posiciones pudieron armonizarse, yo quisiera hacer hincapié especialmente sobre una circunstancia: ni a Razetti ni a Hernández se les exigió nunca (porque eso habría sido un crimen que habrían condenado ellos mismos) el que renunciaran a sus propias convicciones ni a la actitud batalladora, por esas convicciones del espíritu. Razetti fue un batallador del darwinismo, Hernández

fue un batallador de la fe religiosa católica; Razetti, con la ventaja de que enseñaba unos principios que en aquel momento parecían dominar de una manera absoluta el universo; Hernández, con la desventaja de que aparecía afiliado a una concepción que en aquel momento parecía minoritaria y que muchos inconscientes creían llamada a desaparecer del mundo de la ciencia.

Hernández batalló de frente, con convicción, con integridad y con patriotismo y no fue hombre que escondió sus ideas. No fue el hombre que tuvo que claudicar de ellas para ser la figura señera reconocida en el pensamiento nacional, como tampoco Razetti fue un hombre que pudiera hacer callar sus propias preocupaciones y tuviera que cohibir sus ardores polémicos para realizar una intensa y fructífera labor en el seno de la Universidad. La Universidad de Venezuela debe estar orgullosa de esta tradición y yo formulo votos porque la mantenga siempre. ¡Que lleguen a ella, que es adonde deben llegar, todas las preocupaciones del espíritu, todas las corrientes doctrinales, todos los principios científicos, que al fin y al cabo en este crisol es donde deben depurarse y de ese crisol es de donde han de salir purificadas y creadoras la ciencia y la cultura nacional!.

Ese ambiente de respeto, de respeto fructífero, de lo que podríamos llamar respeto positivo y no respeto negativo de silencio o de temor ante la expresión de las ideas, ese clima universitario debe ser una gloria de Venezuela y debe reivindicarse hoy; y el Congreso de Venezuela, en estos momentos en que, precisamente, estamos todos reivindicando como la más preciosa de

las cualidades venezolanas, el derecho a la expresión de las propias ideas y al desarrollo de las varias corrientes, cumple en este sentido un homenaje de proyecciones insospechadas que arrastrará consigo -tengo la profunda convicción de ello-, el sentimiento unánime de todas las ideologías pensantes y de todas las capas sociales venezolanas para un hombre cuya vida fue un libro ejemplar: un libro perfectamente nutrido en todas las páginas que hablaban de la ciencia y del bien; un libro cuyas páginas se mantuvieron impecablemente blancas en todo aquello que en la vida de los demás hombres ha podido significar algo de mal, algo de daño o algo negativo para sus semejantes y para las instituciones.



Tumba donde reposan los restos del doctor José Gregorio Hernández desde el año 1975, cuando fueron trasladados a la capilla del antiguo bautisterio en la Iglesia de La Candelaria - Caracas. “La tumba que recoge sus restos ha dejado de ser un sepulcro para convertirse, por la voluntad popular en un santuario.”

EL DIREMOS MAÑANA DE LA LECCIÓN PERENNE

Discurso en el Paraninfo de la vieja Universidad Central de Venezuela en el acto solemne celebrado en ocasión de los 30 años de fallecimiento del

Dr. José Gregorio Hernández.

29 de junio de 1949

Fue de esta misma casa, fue de esta misma sala de donde salió el féretro del doctor José Gregorio Hernández, hace justamente treinta años, la tarde del 29 de junio de 1919. Afuera, el pueblo lo esperaba impaciente, dispuesto a arrebetarlo de los hombros estudiantiles, en hermosa batalla de póstuma lealtad. Adentro, negros cresposnes realzaban la noble severidad del viejo claustro. Los jardines se quedaron sin flores, porque éstas eran pocas ante la abundancia de solícitas manos que fueron a troncharlas para la ofrenda del afecto. El aroma intenso de rosas y gardenias no bastaba a borrar la tragedia del semblante de los concurrentes. Razetti estaba lívido. Las manos de Francisco Antonio Rísquez y de Miguel Ruiz sostenían la corona de la Academia Nacional de Medicina, homenaje de la más alta corporación científica. Alumnos universitarios se habían turnado sin descanso en la guardia de honor del maestro. Sus nombres, hoy representan valores positivos en las diversas ramas médicas de la Venezuela contemporánea. Todo Caracas estaba presente: “Cada cual había concurrido con lo mejor de sí mismo -apreció un circunstante-; con su dolor los que lo amaron, con su gratitud los que recibieron de él dones o enseñanzas, con su justicia los que lo admiraron, con su desfallecimiento tantos para quienes su virtud acaso fue horma de perfeccionamiento espiritual y hasta la trivial curiosidad de los que fueron atraídos por la resonancia de la catástrofe, se ennoblecía allí por la elevación del objeto que la mantenía. No era un muerto a quien se llevaba a enterrar; era un ideal humano que pasaba en triunfo, electrizándonos los corazones; puede asegurarse que en pos del féretro del doctor Hernández todos experimentamos el deseo de ser buenos...!. Inolvidable tarde

aquella en que el frívolo corazón de la ciudad tuvo una palpitación generosa y puso en sus vuelcos el dolor de la muerte del doctor Hernández!. Fue un momento puro, contra cuya virtud redentora no prevalecerán las horas de desaliento” (1).

Constituyó esta misma tribuna la primera antorcha de glorificación. Distinguidas personalidades hicieron el elogio de Hernández. Y por los labios del doctor David Lobo salió, hecha oración, la palpitación de la gratitud colectiva: “¿Dónde hubo -decía el ilustre médico, Presidente entonces de la Academia- dónde hubo dolor que no aliviara? ¿Dónde penas que no socorriera? ¿Dónde flaquezas que no perdonara? en su pecho generoso no germinaron nunca el odio ni el rencor; y si alguna vez probó las amarguras de la deslealtad o la ingratitud, desecholas pronto en su memoria, como para no dejar tras de sí, a la hora de su muerte, huella alguna que empañase la blancura de su espíritu y el recuerdo de sus actos” (2).

Treinta y un años antes el doctor José Gregorio Hernández era también figura central del Paraninfo. La tribuna del Angélico no cantaba entonces la elegía de su vida. Era su grado de doctor. Lo que para muchos constituye el adiós a la Universidad, para él fue definitiva promesa de consagrarse a su servicio. Por ello aparece su existencia, acción constante de servicio humano, dominada por su consagración a la Universidad. Pero no la Universidad muerta, de intelectualismo egoísta. No la Universidad factoría, de seco tecnicismo. La Universidad que es vida. La Universidad que es ciencia y técnica, pero que se proyecta hacia el ideal y hacia la

acción. Su Universidad fue, podríamos decirlo con frase actualizada pero entendida en la más noble de las acepciones, la Universidad al servicio del pueblo.

El carácter universitario de la vida de Hernández lo va marcando con un claro signo. Su amor a la investigación y a la docencia fue base de sus conocimientos y de su actividad. Nunca temió que sus estudios experimentales pudieran conducirlo a la negación de su filosofía. Sus libros (Elementos de Filosofía, Elementos de Bacteriología, sus proyectados Elementos de Histología y de Embriología) son fruto de un propósito universitario. La amplitud generosa de su vida fue expresión de *universitas*, de universalidad, de humanismo. Y por eso, en el momento de su tránsito, no fueron sólo quienes pensaban como él los que emocionado tributo le rindieron. De Rómulo Gallegos fue la interpretación que cité arriba sobre el momento de su muerte. Y de Luis Razetti, el más encendido y rotundo testimonio, algunas de cuyas palabras citaré hacia el final. Ellos, y como ellos, muchos representaron el homenaje al doctor José Gregorio Hernández, del lado de quienes no compartieron las ideas filosóficas que éste sostuvo con integridad ejemplar y a las que en todo momento sometió el ejercicio heroico de su limpia existencia.

Largo sería seguir, paso a paso, los rasgos biográficos de Hernández. Largo e innecesario. La materia ha sido tratada por Nuñez Ponte, Dominici, Carvallo y otros distinguidos escritores. Cada uno de los aspectos de su paso por la tierra ha sido objeto de cuidadoso análisis e interpretación. Lo que fue, lo que hizo, lo que sig-

nificó, esta hoy por encima de toda discusión. Apenas cabe recordarlo, pero sobre todo, hacer presente lo que nunca dejará de ser.

LA UNIVERSIDAD, UNA OBSESIÓN

Ni siquiera cuando acababa de graduarse y comenzaba a transitar la dura prueba de la primera actividad profesional, la Universidad dejó de constituir en su mente una como noble obsesión. Le angustiaba la suerte del viejo instituto, se hallaba pendiente de las cátedras, de los profesores, del desarrollo de la investigación y la enseñanza. Sus mismos honorarios (esos anhelados honorarios de los primeros días de la carrera) representaban fundamentalmente para él una ambición que no era pecuniaria: la ambición de ir a Europa, a aprender en los mejores laboratorios e institutos del mundo, de labios de los mejores profesores, las más recientes adquisiciones de la ciencia, para revolucionar en la Universidad de Bello y de Vargas los estudios médicos que éste realizó con su republicana prestancia y que había traído hasta la Real y Pontificia el mallorquín Campins y Ballester.

El viaje a la provincia para iniciarse en su ejercicio médico fue una especie de redescubrimiento de la tierra. Venido niño aún, había llegado a olvidar en la metrópoli, el lejano rincón de savia generosa donde recibió el ser. “Puebla muda y sin lumbre” le llamó Carbonell (3); pero ¿qué más voz que la suya, ni que lumbre mejor, brillo de ciencia y calor de bondad generosa, para darle rango de alcurnia en el concierto nacional?

Remota parecía la montaña para el novato médico que salía de Caracas en agosto de 1888, había que pernoctar en Puerto Cabello, Curazao y Maracaibo, en viaje al parecer interminable. Había que combinar enlaces marítimos y medios de transporte, para llegar hasta Isnotú, donde viera la luz el 26 de octubre de 1864. ¡Si las cartas al amigo de la capital, con cuya publicación nos ha regalado su destinatario el Dr. Santos A. Domínici un rico filón para el conocimiento de su psicología, habían de llevar estampillas para el exterior, y no se excusaron a veces de ir a Nueva York y marcarse con la gala exótica de los sellos de sus oficinas postales, para cumplir el viaje desde Isnotú a Caracas! (4).

Llenas de ingenuidad, desbordada en la intimidad del amigo, pero no exentas de penetración, son sus observaciones sobre el medio social venezolano, desnudo ahora ante sus ojos en aquellas que llama “caprichosas cordilleras, que hay veces -dice- en que creo que se complacen en humillar la imaginación más viva presentándole un cambio continuo de paisajes a cual más atrevido y variado al infinito la temperatura en insignificantes distancias” (5).

Día a día se familiariza más con el ambiente. En la mañana y en la tarde va desde Isnotú a Betijoque para ver sus enfermos. Visita y describe a Valera y Boconó, donde rivalidades profesionales, complicadas con circunstancias de otra índole, le impiden en definitiva establecerse. Va a Mérida y al Táchira, y nos lega a través del amigo el testimonio cierto e inmediato de sus impresiones. No es un turista. Son doce días a lomo de su mula los que le obligan a intimar con el paisaje.

Recoge la “extraña sensación que se experimenta al contemplar un páramo”, y se apasiona cuando acaba de subir: “una cruz gigantesca marca el punto más alto y ese punto se encuentra a un poco más de cuatro mil metros sobre el mar” (8).

Es, precisamente, en esta época cuando se reconcilia con la tierra. Ya no aparecen los desahogos íntimos de las primera cartas, al tropezar en diversos aspectos con la dolorosa realidad nacional de la provincia, cuyos cuadros podrían repetirse sin agregar un pincelazo en toda Venezuela. Entonces le “causa más admiración la sabiduría de Elías Rodríguez, cuando recuerda su consejo de no ir a Europa hasta después de haber practicado un tiempo” (7).

La tierra lo sorprende, lo sobrecoge a veces pero, en definitiva, le imprime más profundamente en el fondo del alma el sello de la nacionalidad. La realidad venezolana, misteriosa, apasionante; sus problemas y angustias, todo en lo sucesivo se le hará más presente. Irá a Europa, sí, pero a aprender más para que su acción sea más fecunda; irá a buscar mejor semilla, pero para enterrarla en la entraña generosa de la patria.

El médico de pueblo no se deja ganar por la idea del lucro fácil y de elementales apetencias. Su pasión es saber. Necesita comentar sus casos, sus problemas, pedir informes que esclarezcan sus dudas. Al amigo le ruega avisarle “cuando llegue un medicamento nuevo y la terapéutica que traiga” (8); habla con fruición de los libros que piensa encargar (9); le obsesiona aprender la técnica del microscopio (10) y cuando pequeños intereses

amenazan enredarlo en complicaciones que sólo buscan hacerlo desalojar la plaza, estampa la confesión sincera, que podría aparecer más adecuada a un estudiante o profesor en ambiente de Universidad, que a un médico joven en ejercicio interiorano en busca de labrarse un porvenir; “solamente me preocupan mis libros” (11).

La idea de ir a Europa toma posesión de su voluntad. No es un capricho personal. La intuición le dice que es una necesidad nacional. Ya antes, deseó hacer el viaje. Ha comprendido ahora, que era más justa la opinión del Dr. Elías Rodríguez. La práctica adquirida le hará conocer mejor sus propias deficiencias y el conocimiento del medio, las necesidades ambientales. El viaje es para él “una idea que lo hace tan feliz que cree no poderla realizar nunca” (12). Pero, al contrario, tiene que realizarlo. Era propósito de aquella firme voluntad, y no habría omitido sacrificio. Si el gobierno de Rojas Paúl no hubiera, por iniciativa del Dr. Calixto González, decidido mandarle a París, de todos modos se habría ido. Pero el gobierno, en esta ocasión, hace justicia. Le ofrece la cómoda y propicia realización del viaje. Con creces recibiría el país la recompensa dentro de la transformación que iba a operarse en nuestros estudios universitarios. ¡Nadie podría decir que la de Hernández fue la menor, entre las influencias que contribuyeron a cumplir una sana revolución pedagógica en nuestra vieja y querida Alma Mater!

SEVERO, JUSTO Y BUENO

Una honda reforma iba a cumplirse, de veras, en la Facultad de Medicina. Conocidas son las duras frases del

doctor Elías Toro al enjuiciar, en el Discurso de Orden del Primer Congreso Venezolano de Medicina (1911) el momento anterior a esa reforma, que llamó “torpe movimiento regresivo, que la habría llevado a los más ignominiosos términos”. El mismo Hernández vierte en la intimidad del epistolario, durante su año de ejercicio en provincia, su preocupación por los males de la Universidad. Algunos nombramientos le inquietan. Tiene, al mismo tiempo, para sus profesores frases que revelan sincero cariño y elevado aprecio. Pero está convencido de la obra que es necesario realizar.

Se va a Europa y regresa cargado de ciencia y voluntad. Le tocará la gloria, que ya nunca podrá arrebatársele, de haber fundado la Cátedra de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología, para la cual se le nombró el 5 de noviembre de 1891 y cuyas funciones comenzó -demostración palmaria de un temperamento y de una responsabilidad- al día siguiente de haberle sido expedido el nombramiento. Según testimonio de Razetti, “su laboratorio de bacteriología fue el primero que se estableció en Venezuela” (18). Fue el fundador de los estudios de medicina experimental en nuestra patria; y al así reconocerlo la Asamblea Nacional Constituyente en forma unánime acordó dar su nombre -acuerdo ratificado por el Consejo Universitario- al Instituto de Medicina Experimental que es orgullo de la Universidad.

Su figura en la cátedra aparece rodeada de sugestivos caracteres. Su puntualidad es proverbial. Su severidad aureola su justicia. “Fui durante más de cuatro años su preparador -dice un distinguido discípulo de quien

más abajo tendremos ocasión de recoger otro expresivo dato-, y en ese tiempo me convencí de que el doctor Hernández era el hombre más severo, más justo y más bueno que he conocido” (14). Severo, justo y bueno, magnífica y armónica expresión de un carácter. Porque severidad sin justicia es arbitrariedad, es despotismo; severidad sin bondad, rigor inexorable e infecundo, antipático y antipedagógico.

Fue esa severidad, constante exigencia de su clase, amor por ella e interés por el discípulo. Lejos de él, el condenable y contraproducente rigorismo. ¡Santo Dios! -había exclamado el año 1889- penas correccionales, como quien dice, caminar hacia atrás. Ahora particularmente que estando la Universidad tan bien servida, de seguro que los estudiantes no necesitarán de ningún esfuerzo para que cumplan su deber; recuerdo que Elías Rodríguez decía que del catedrático dependía que los alumnos fueran a clase” (15)

Enamorado de su tarea docente ha podido afirmarse que fue su novia la Universidad (16). Investiga y enseña. Sus lecciones en la expresión de sus discípulos, son obra acabada de claridad y método. Publica. Organiza. Prepara. Forma discípulos que honrarán su método de investigación y deja escuela a través de hombres que tendrán a orgullo seguir su ejemplo en la enseñanza. Rafael Rangel y Jesús Rafael Rísquez, descubridor aquél de los secretos de la naturaleza, profesor éste en cátedra de bacteriología, señalan la doble dirección que corresponde a su enseñanza. Rangel, el sabio ilustre, promesa en flor tronchada por el destino trágico, recuerda con llaneza sus primeras experiencias

bajo la dirección de Hernández (17). Rísquez, hijo, profesor y académico, proclama con ardor a Hernández como pionero y fundador de la bacteriología venezolana. La jubilación no lo detiene. ¡Como que para él la única jubilación efectiva habría de ser la bienaventuranza!

EL DOCTOR HERNÁNDEZ ES NUESTRO

No podría ser ciencia pura, suficiente alimento de su naturaleza humana. Aliviar el dolor era, en definitiva, la finalidad de su ciencia. ¿Cuál es, en fin de cuentas, el objetivo del trabajo y del estudio, sino el desarrollo del hombre y su mejoramiento integral?. Allá otros, se dediquen enteramente a descubrir nociones que sólo llegarán por vía indirecta a provecho de la humanidad. Hernández no puede conformarse con ello. Necesita administrar el refrigerio de sus conocimientos para consolar a los que sufren...” y te encargo mucho -aconseja por ello a uno de sus sobrinos-, que no pierdas de vista el fin de tus estudios, y que no es para ser buen histologista, ni fisiologista, ni bacteriologista que tú estudias, sino para ser buen médico y es buen médico el que sabe curar enfermos, lo cual se empieza a aprender no en el laboratorio sino en el hospital; el laboratorio es simplemente un auxiliar, pero la clínica es lo esencial” (18).

En quien maneja el laboratorio con insuperable maestría, este consejo es más valioso. No constituye menosprecio de la técnica, sino conciencia de que la técnica ha de servir al hombre. Se funda el Hospital Vargas cuando él está en Los Andes, y no puede conte-

ner su emoción.” La idea del hospital me entusiasmó..., y toda la alegría que yo pudiera tener sería poca si junto con crear el hospital lo organizaran bien creando clínicas y nombrando para desempeñarlas a hombres competentes y serios” (19). Con razón serían hospitales, en Trujillo y Caracas, los primeros institutos en ostentar su nombre.

No es tampoco en Hernández el médico, simple máquina de curar enfermos. Sus enfermos lo aman; pero ese amor es obligada retribución al amor que les pone su médico. Lo muestra la necesidad que sintió de comunicar al confidente el dolor de ver por primera vez morírsele un enfermo (20). No sólo atiende el cuerpo; trata el alma. Y como, a semejanza del Angélico, sabe que la miseria no sólo produce daños materiales sino que agota la virtud, le sorprendieron muchas veces, como le sorprendió la muerte, buscando él mismo para sus enfermos indigentes la medicina necesaria y dejando casi con rubor entre sus manos el fraternal auxilio, que era más que limosna, ayuda, consuelo, tributo de solidaridad.

No se hablaba mucho entre nosotros de justicia social, en la época del doctor Hernández. El la entendía y la practicaba. El pueblo lo sabía. “en la Catedral -un testigo presencial lo refiere-, el pueblo gritaba a las puertas: ¡el doctor Hernández es nuestro...!. Al salir el féretro el pueblo lo arrebató a los estudiantes que lo llevaban y no hubo medio de evitarlo” (21). Hermosa fue esa lucha. Estudiantes y pueblo, hermanados en el tributo del afecto, como lo han estado en grandes momentos de la historia. Satisfecha de dejarse vencer,

consciente tal vez de que así, ante un despojo venerado, mejor que nunca se sellaba el pacto indestructible entre la Universidad y su pueblo porque el pueblo tomaba como suyo propio un fruto ilustre de la Universidad, la muchachada estudiantil expresó en significativos términos el valor de aquel gesto; y la Revista del Centro de Estudiantes de Derecho concluyó sus palabras de homenaje con el siguiente párrafo: “Pero por encima de todas estas ofrendas está una, la palpitante y la bella: ¡el pueblo, que en la muerte del compatriota excepcional entrevé el principio de la solidaridad, en la comunión de su dolor; descubre en minutos el poder de su fuerza y pocos días después triunfa en su emancipación de la esclavitud capitalista por medio de una huelga pacífica; ha dejado también sobre la tumba del doctor José Gregorio Hernández, el vivo retoño de su redención obrera!”. (22)

UN SANTO DE ESTOS TIEMPOS

Pero es imposible hablar de Hernández, el sabio, el universitario, el apóstol de la medicina, sin hablar del creyente. No pudieron hacerlo Razetti, Rísquez, Lobo, Carbonell, ni ningún otro que se refiriera a su figura, fuera cual fuera su posición ante este aspecto. En él la ciencia y sobre todo, el apostolado de la caridad, tenía su fuente en caudaloso sentimiento cristiano. En él “todo era uno”, como proclama en su filosofía.

“Desprovista de la aureola sobrenatural, la vida de Hernández no se explica”, señala un comentario ante su muerte (23). Pero esa aureola sobrenatural, ese inabarcable misticismo, eran sentidos y vividos en su integri-

dad. El amor de Dios, en la conciencia del doctor Hernández, no era genuino si no se reflejaba en el amor del prójimo.

Del hogar le vino, sin duda, aquella religiosidad característica. El padre debió ser un noble ejemplar de bonhomía. Sobre la madre, prematuramente perdida, se escribieron en su pueblo, en el momento de su fallecimiento frases que puestas en masculino habrían parecido dichas para el hijo en el homenaje que le rindió Caracas. ¿No se dijo de ella en 1872 ante su muerte: Por doquier se oyen los gemidos de un pueblo afligido que rodea su cadáver pagando un tributo de gratitud: el uno lamenta la pérdida de su consoladora; el otro llora sin consuelo a su medianera; el huérfano expresa su dolor en el fallecimiento de su protectora; la viuda el asilo de su necesidad; el pobre, la que socorría su miseria... El enfermo y paciente postrado en su lecho, no verá ya a su cabecera aquella mujer caritativa que aliviaba su dolencia; y encarecía su sufrimiento para inclinar en su auxilio a los profesores y curiosos”...? (24)

Lo significativo de Hernández era que esa fe se acendrabá, en ambiente impropicio, en época en que parecía imposible realizar estudios biológicos conservando la convicción del espiritualismo. En sus cartas no falta nunca la mención, llena de naturalidad del cumplimiento de los actos del culto. Con satisfacción anota en Curazao, en viaje hacia Los Andes, describiendo al amigo Domínici lo relativo al hospital: “ hay mucho aseo, como que está servido por hermanas de la caridad, y me he convencido de la utilidad de esta institución, ya que las monjas hacen todo con una heroicidad

que sólo da el catolicismo” (25). Hace referencia al caso de un enfermo, y pocas veces su estilo epistolar se revisite de tal emoción como cuando se siente cerca de la santidad: “ en la cara de la hermana que lo asistía -expresavi tanta santidad durante la cura, que tuve deseos de venerarla como si estuviera ya canonizada”.

En aquellos momentos, la posición de Hernández parece incomprensible. ¡Un fanático del microscopio y del escalpelo, cómo podía ser fanático -perdónese el vocablo- de la Providencia y de la religión!. No se trataba solamente de que el materialismo tomara cuerpo y difusión como doctrina dominante en filosofía y en biología; sino que el entusiasmo de su propagación casi lo llegaba a imponer como doctrina única. Parecía olvidado el caso de Pasteur armonía indestructible entre la fe y la ciencia. Bastaría leer los juicios sobre Hernández, de la mayoría de los más renombrados valores científicos de su época para ver cómo consideraban milagroso el que pudiera ser cristiano un hombre de tantos y tan versados conocimientos en las ciencias experimentales.

Y ése es el valor especial que yo atribuyo a su comentada respuesta a la Academia Nacional de Medicina sobre la cuestión del transformismo: “Hay dos opiniones para explicar la aparición de los seres vivos en el Universo: el Creacionismo y el Evolucionismo. Yo soy creacionista. Pero opino además que la Academia no debe adoptar como principio de doctrina, ninguna hipótesis, porque enseña la historia que el adoptar las academias científicas tal o cual hipótesis, como principio de doctrina, lejos de favorecer, dificulta notablemente el adelantamiento de la ciencia” (26).

Sabía él que en el momento histórico la corriente evolucionista avasallaba en forma tal, que parecía estéril la polémica. Pero sabía también que, cualesquiera que fueran los méritos científicos de aquella hipótesis, ellos no podían restar a la otra hipótesis el rango científico de una interpretación fundada, a la que no se podía negar legítima beligerancia aún en el campo meramente positivo.

Este es el sentido que en mi opinión ofrece su respuesta. No podía someter él al fallo de un tribunal científico, la decisión de una polémica cuyo planteamiento en el campo biológico es cuestión ardua que todavía subsiste. No podía ser desdén, en hombre de ejemplar modestia. No podía ser miedo de razonar, en quien no sólo era naturalista sino, como verdadero naturalista, filósofo. A lo más pudo influir su temperamento ajeno a la polémica. Pero lo que quiso quien para el doctor Diego Carbonell fue “ el biólogo más ilustre que haya brillado en la Escuela Médica de Caracas” (27), quien a la vez, según el mismo juicio “ fue el más tolerante y amplio de los sabios nuestros” (28), era afirmar el postulado universitario, fecundo y generoso, de que se mantuviera en plano de respeto la consideración de la doctrina creacionista, no como la expresión pura y simple de una creencia religiosa, sino como también la manifestación de una teoría científica, apoyada en elementos objetivos (29).

Tuvo es cierto, el doctor Hernández una “ aureola sobrenatural”. Pero el mayor valor de ese atributo es su carácter activo, moderno, desinteresado. Quizás hubo un tanto de ironía en quien dijera: “ fue un santo de

estos tiempos que curaba enfermos con la terapéutica del siglo” (30), pero ello le enaltece. Fue, sí, un “beato” sin aspavientos de mojigatería. Y quizás el deseo de mostrar la armonía de la creencia religiosa con la fisonomía de su tiempo, pudo contribuir a su decisión de reemplazar sus austeros trajes por vestidos “de moda” que nadie pudo acostumbrarse a verle.

ESTABA HECHO PARA LA ACCIÓN FECUNDA

Promovida por reciente disposición eclesiástica la causa de su beatificación, se hace oportuno precisar el concepto de la beatitud en Hernández.

Si se me permitiera la expresión, me atrevería a decir que la de Hernández no es beatitud estática: es beatitud dinámica. A pesar del gran poder contemplativo de su espíritu, a pesar de su natural reacio a la polémica, no fue contemplativo. Fue hombre de acción, en su sentido típico, De acción, tal vez no de combate. Su lucha fue contra las dificultades que se oponen a toda obra grande; aunque frente a lo que juzgaba error, más que la negación del mismo error prefería la serena afirmación de la verdad.

“El optimismo de Hernández era el sano optimismo de acción”, dijo de él su biógrafo y amante sobrino, el doctor Temístocles Carvallo (31). Un rasgo sencillo revela este carácter: su retrato. El retrato que ha llegado hasta nosotros. En él está de pie. Y al enviarlo a su hermano le explica;

“No te mando un retrato sentado, porque yo no

salgo bien en esa posición; será porque siempre estoy caminando” (32).

Su vida fue un incesante movimiento hacia la perfección. En lo privado, era pulquérrimo. Carbonell nos ha dicho, con frase bien lograda, de su “castidad varonil y edificante”. En lo público, era intachable. “Es un médico que habla bien de los otros médicos, dijo don Francisco de Sales Pérez -y podría añadir quien lea su epistolario; no porque en algunas ocasiones le faltaran motivos de queja- ... Aunque no fuera más que por esta rareza, agrega con su fino humorismo el escritor, le daría un elevado puesto en la Facultad, como se lo tengo dado en mi afecto y consideración” (33).

¿Qué podía, pues, tener de raro su deseo de ir a la Cartuja? Era, para su espíritu, el anhelo del supremo descanso en la Divinidad. Probablemente, la muerte del hermano menor, acompañada por la punzante espina de su tardío diagnóstico, ese diagnóstico que era una de sus grandes propiedades y que le había llevado a la cumbre de la fama, pusiera en marcha su propósito. ¡Qué conjunto de delicados sentimientos contendrían sus diálogos con el arzobispo Castro, al calor afectuoso de ambos, para llegar hasta la grave determinación! ¡Cuánto significaría, en el ansiado perfeccionamiento de su alma, no sólo el previsto ejercicio de la cartuja actividad sino después el amargo contratiempo de la vocación dos veces frustrada!.

Irse a la Cartuja era el acto de la renunciación suprema, pero todavía había de verse sublimado por el pesar del camino inconcluso. Hernández amaba su familia,

amaba su cátedra universitaria, amaba su apostolado médico. Sabía que iba a sentir “en la soledad de la celda la nostalgia de la cátedra; en la quietud de la vida contemplativa la falta de agitación de la vida profesional” (34). Lo que por él pasó al marcharse se refleja en la forma de la despedida. Desde Puerto Cabello escribe a su hermano César para que lo despida de toda la familia: “Tú comprendes, le dice, lo dolorosa que es para mí esta separación de mi familia, a quien quiero entrañablemente” (35).

Del amor a su patria, había dado fe su alistamiento como voluntario, en la emergencia triste del bloqueo (36).

Pero era más aún lo que había de pasar. Ido entre la general expectación, había de regresar de la Cartuja. La Providencia, en la que creyó firmemente, lo había dispuesto para la acción social hasta el último día. Sus fuerzas físicas no resistieron la regla del claustro, la cual, como Carvallo observa, no es sólo penitencia lo que exige sino ejercicio físico que pueda compensar la reclusión (37). Su orientación vocacional, además, era otra: “era para la vida activa” (38).

Soporta el choque, pero ha de realizar un nuevo ensayo. Ha regresado el año 1909, y el año 1913 se dirige a Roma. Desde el Colegio Pío Latino escribe a su familia y dice nuevamente, en frase simple, cuajada de ternura: “soy muy cobarde para las despedidas. De nuevo, todo será inútil. La salud no responde. Un ataque de pleuresía pone de manifiesto en sus pulmones la presencia del bacilo de Koch. ¿El invierno sin fuego de

la Cartuja había ocasionado o predispuesto, acaso, la incubación del mal?. La regla impedía toda calefacción y el invierno llegaba hasta 10 grados bajo cero (40). La incapacidad para el trabajo físico lo había obligado cuatro años atrás, a dejar la Farnetta. Ahora el daño es mayor. El lucha todavía. El médico le ordena volver al trópico antes de que llegue el invierno. Ni siquiera le deja ir a Lourdes. Ni siquiera, a despedirse a Roma. Sólo a su hermano hace partícipe de su sufrimiento: “nadie comprende lo que sería para mí tener que regresar a Caracas después de haberme despedido de todo, y verme obligado a seguir la vida de antes; pero que en todo se cumpla la voluntad del Señor” (41).

El sacrificio está consumado. La inmolación es definitiva, total. Para aumentar voluntariamente su pena, usa esos trajes a la moda que no cuadran a sus antecedentes y que tanto llaman la atención. Se ha resignado a todo. Sabe que muchos le juzgarán hipócrita. Ello le servirá para aumentar el menosprecio de sí mismo, místico aspecto de la ansiada renunciación.

No estaba hecha, no, para el doctor Hernández la silenciosa beatitud del monasterio. Estaba para él la beatitud creadora y agitada. Hasta en su muerte súbita, había de conmover su vida. De su paso por la Farnetta y por el Pío Latino que quedaría un sosegado, y firme por unánime, olor de santidad. Sea como fuere, aquí le tenemos de nuevo. Quiere volver a Europa para perfeccionar su texto de Histología y Embriología, pero la guerra le hace regresar desde los Estados Unidos. Está escrito que su vida discurra por estas calles de Caracas y, especialmente, por estos corredores de la Universidad.

RAZETTI Y HERNÁNDEZ, ESPÍRITU UNIVERSITARIO

Encontramos una vez más, su silueta menuda por estos viejo claustros. Es la época del renacimiento de los estudios médicos. Notables profesores se preocupan por poner a tono los conocimientos de su facultad con las últimas novedades de los países más adelantados. Al pensar en esas notables figuras, siempre me ha atraído especialmente la elevada armonía que vinculaba, partiendo de la más honda divergencia, a Razetti y Hernández.

Trabajo me ha costado siempre pensar en el doctor Hernández sin que inmediatamente acuda a mi memoria el nombre de Luis Razetti. Difícil o imposible me ha sido recordar la personalidad de Razetti, sin recordar la personalidad de Hernández.

Es que uno y otro o, mejor dicho, los dos juntos, reflejan lo que ha sido, lo que debiera siempre ser, el espíritu de la Universidad. Vehemente materialista, el uno; el otro, convencido espiritualista y devoto creyente. Apasionado aquél hasta lo último en la defensa de su convicción, apasionado éste de su credo hasta la propia negación, enseñaban juntos, simultáneamente, y proclamaban los dos un nuevo espíritu universitario, en estas rancias y queridas aulas, crisol del alma nacional.

Eran amigos, ¿por qué no habían de serlo?. Eran compañeros, ¿por qué no lo podrían, si tenían que poner hombro con hombro en la empresa común?

Creyente Hernández, pensaría siempre que la bondad innata de Razetti y la sinceridad de sus ideas, habrí-

an de servirle de abono ante la misericordia infinita de Dios. Incrédulo Razetti, se haría la reflexión de que, si no había para él más allá, tampoco debía molestarle el que para Hernández sí existiera, puesto que ese más allá de Hernández le volvía aún más justo y noble, le empujaba más aún en la senda de la experimentación honrada y del ejercicio apostólico de la medicina.

Uno y otro dejaron legión de discípulos. Quizás la prematura pérdida de Hernández alteró en cierto modo el equilibrio orgánico de la Facultad. Uno y otro han recibido la honra de la posteridad. Juntas decoran sus efigies, a ambos lados de Vargas, la gloria de este salón de honor. Para los que han seguido la senda de aquél o de éste; pero sobre todo, para la Universidad y para quienes la queremos digna de su gloria, quizás ningún hecho más enaltecedor que el homenaje de Razetti para Hernández al comentar su obra y, más aún, al sollozar en su sepulcro.

“Como médico práctico -dijo de José Gregorio Hernández, Luis Razetti-, el Dr. Hernández ha tenido en Caracas una de las más brillantes clientelas y sus clientes le profesan especial afecto por la suavidad de su carácter, la cultura de sus modales y el interés con que atiende a sus enfermos. Como profesor, sus discípulos le aman porque les da un paternal cariño alimento bien sazonado de ciencia práctica; y lo respetan, porque ven en él un maestro ilustrado que conoce y domina la materia que enseña. Como individuo social, el doctor Hernández es un carácter: practica el bien sin interés mezquino y sin hipocresía; sostiene sus convicciones con inquebrantable firmeza y jamás se ha desviado del

camino que él cree debe seguir... No obstante que el doctor Hernández y yo pertenecemos a escuelas filosóficas diametralmente opuestas, una sincera amistad nos ha unido siempre y yo me he complacido en toda época en proclamar los indiscutibles méritos que posee como profesor, como hombre de ciencia y como ciudadano de conducta inmaculada (42)

Este juicio, emitido al publicar su *Bacteriología*, había de refrendarlo Razetti la impresionante noche de hace 30 años, cuando su cadáver llegara al cementerio, con este marmóreo colofón: "... al desaparecer del mundo de los vivos, no deja ni una mancha, ni una sombra en el armiño eucarístico de su obra, excelsa, fecunda, honorable, patriótica, toda llena del más puro candor y de la más inquebrantable fe" (43).

DIREMOS MAÑANA

En un precioso y breve artículo, una de cuyas frases comenté más atrás, el doctor Alberto J. Fernández conservó el recuerdo de la última lección del doctor José Gregorio Hernández. "El sábado 28 -relata-, a las tres de la tarde, con su acostumbrada precisión cronométrica, entró el doctor Hernández en el salón de clases de su cátedra. Terminaba la clase práctica a cargo del preparador. La lección de Bacteriología versó sobre el bacilus de Hansen. El maestro disertó sobre la morfología, coloración, cultivos, inoculaciones, etc., del microbio de la lepra. Como siempre, el maestro enseñó a sus discípulos la última palabra de la ciencia, y terminó su clase hablando rápidamente de las formas clínicas principales de la enfermedad. Anunció a los estudiantes

cuál sería la clase próxima, dijo: “ En la lección de mañana hablaremos del coco-bacilus de Pfeiffer” ...¡No sabía el maestro que sus discípulos no lo oirían más!” (44).

No sé porque me ha conmovido tanto esta sencilla narración. Quizás sea porque encuentro rodeada de hondo simbolismo esa referencia a la “lección de mañana”, de un hombre cuya vida había de extinguirse al día siguiente, en cosa de muy pocas horas.

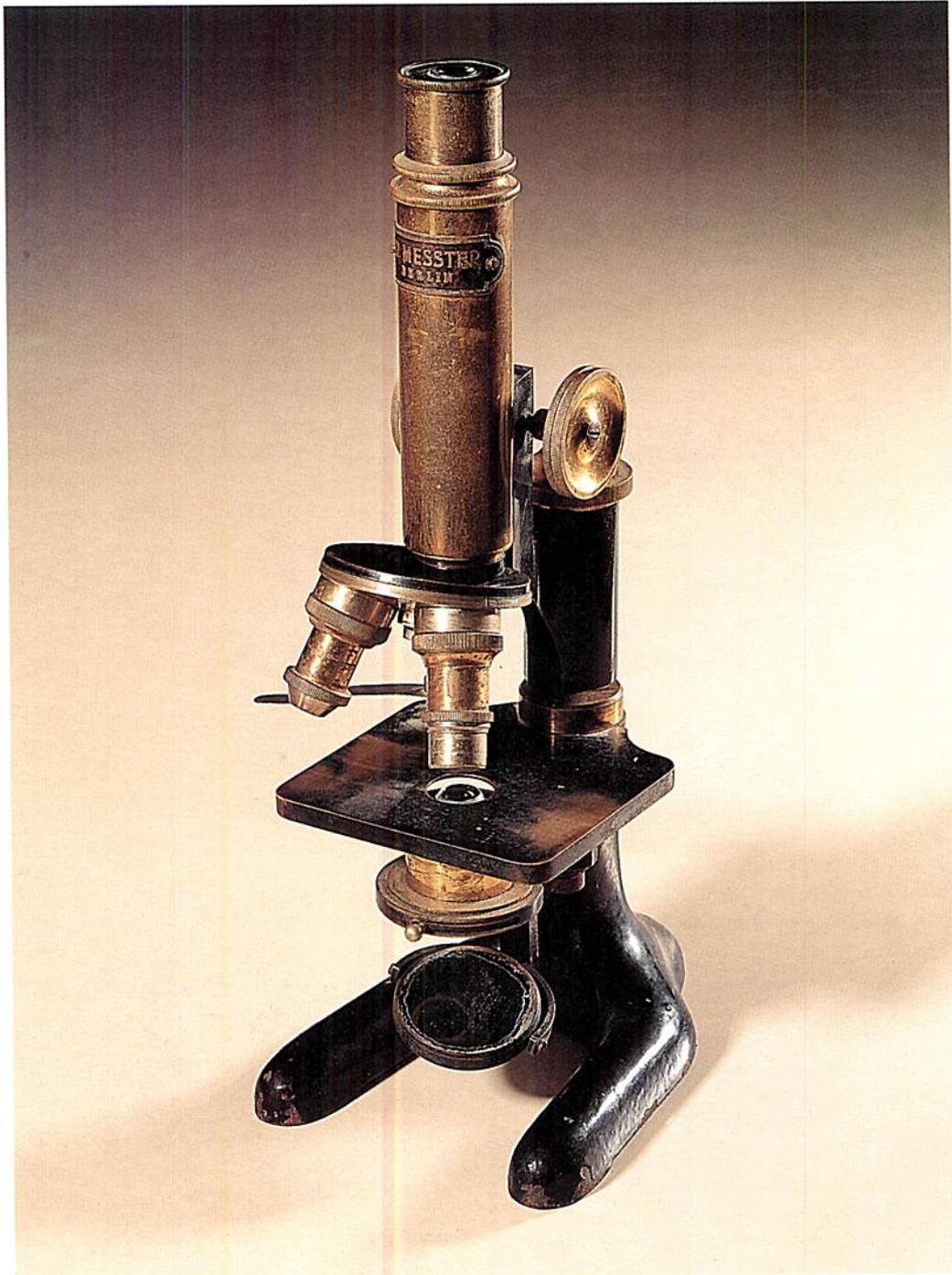
“Diremos mañana” pudo sin embargo, afirmar el maestro José Gregorio Hernández. Era la ofrecida perennidad de su enseñanza. La lección del ejemplo, vivo e inmortal, elocuente hasta más que la palabra.

Completó así el “ decíamos ayer” del santo esteta. Convirtiólo en futuro. Es la misma continuidad de la obra de maestro, suspendida pero no interrumpida, por la cárcel injusta en el caso de Fray Luis de León; por la muerte corpórea, liberación eterna, en el caso del catedrático venezolano.

“Diremos mañana”, afirmó y dijo Hernández, la víspera de una muerte que quizás presintió. Tenía conciencia de su lección perenne. ¿Verdad que parece resonar su voz tranquila y firme en este recinto sacrosanto?

Ella recuerda el mandato inexorable que nos manda trabajar por la cultura y por el pueblo, ser universitarios, ser buenos y ser justos. Y pues no tenemos cerrados los oídos del alma, oigamos la lección vigente, la lección que no muere, del maestro José Gregorio Hernández.

- 1) Rómulo Gallegos, en "Atenas", 15 de julio de 1919. Véase: Ernesto Hernández Briceño, Homenajes al Dr. José Gregorio Hernández, Tip. La Nación, Caracas, 1945, págs. 364-366
- 2) Homenajes, cit., pág. 336
- 3) Homenajes, pág. 732
- 4) Homenajes, págs. 36, 43 y 64
- 5) Carta del 16 octubre 1888, Homenajes, pág. 39
- 6) Carta del 14 enero 1889, Homenajes, págs. 62-64
- 7) 4 febrero 1889. Homenajes, pág. 66
- 8) Carta de 8 octubre 1888, Homenajes, pág. 36
- 9) 7 febrero 1889, Homenajes, pág. 72
- 10) 24 diciembre 1888, págs. 58 - 60
- 11) 18 febrero 1889, Homenajes, pág. 75
- 12) 8 octubre 1888, Homenajes, pág. 35
- 13) Homenajes, pág. 90
- 14) Alberto J. Fernández, La última lección del Maestro, 1º de julio de 1919, en Homenajes, pág. 266
- 15) Carta a Dominici, 18 de febrero 1889, Homenajes, pág. 74
- 16) Ambrosio Perera, discurso de 1944, Homenajes, pág. 802
- 17) Dr. J. M. Núñez Ponte, Dr. José Gregorio Hernández, Ensayo crítico - biográfico, 2º edición, págs. 59-60
- 18) Carta a Benjamin, Nueva York, 12 Nov. 1917, Homenajes, pág. 200
- 19) Carta a Dominici, 16 Octubre 1888, pág. 39
- 20) Ibid., pág. 38
- 21) Carta del Dr. B. López de Ceballos al Dr. Dominici, v. Homenajes, pág. 725
- 22) Homenajes, pág. 285
- 23) Homenajes, pág. 535
- 24) F. de P. Moreno, Miguel A. Castro, Jesús María Peña, Betijoque, 30 agosto 1872, Homenajes, pág. 20
- 25) Carta de 30 agosto 1888, Homenajes, pág. 25
- 26) Homenajes, pág. 734
- 27) Homenajes, pág. 382
- 28) Ibid., pág. 73
- 29) Una Discusión Académica, por el Dr. T. Carvallo, en "Farmacia", junio 1948, pág. 9
- 30) Homenajes, pág. 581
- 31) Homenajes, pág. 498
- 32) De Nueva York, 12 noviembre 1917, Homenajes, pág. 99
- 33) Homenajes, pág. 85, julio 1893
- 34) V. M. Ovalles, en Homenajes, pág. 376
- 35) 6 junio 1908, Homenajes, pág. 97
- 36) Homenajes, págs. 609, 707
- 37) Sobre este motivo, v. Homenajes, págs. 672, 709
- 38) Carta a su hermano César, de La Guaira, 21 abril 1909. Homenajes, pág. 153
- 39) Homenajes, pág. 189
- 40) V. id., pág. 722
- 41) De París. 21 mayo 1914, Homenajes, pág. 192
- 42) Homenajes, págs. 90-93
- 43) Homenajes, pág. 253
- 44) Artículo en "El Nuevo Diario", 1º julio 1919; v. Homenajes, págs. 265-266



Microscopio usado por el Doctor José Gregorio Hernández en el Instituto de Medicina Experimental de la Universidad Central de Venezuela - Caracas ...“si algún símbolo gráfico debería acompañar sus imágenes , debería escogerse un microscopio.”

TIERRA DE CONTRASTES

Discurso de Orden del Doctor Rafael Caldera en la Sesión Solemne
de la Asamblea Legislativa del estado Trujillo, en Isnotú,
municipio José Gregorio Hernández,
el 30 de octubre de 1966

Poco más de cien años tiene este poblado de erigido en parroquia civil. Noventa y nueve, en calidad de parroquia eclesiástica. Menos de ciento veinte años se construyó su iglesia o capilla bajo la dirección, según dice la crónica, del señor D. Juan Antonio Chuecos. De modo que la vida de Isnotú, casi podría decirse, aunque databa del siglo XVIII, empezó a tomar forma por la misma época en que vino al mundo su hijo más preclaro, las festividades centenarias de cuyo nacimiento se clausuran hoy.

En su estilo impecable, el doctor José Manuel Ponte, biógrafo del Dr. Hernández, al hablar de lo que era Libertad de Isnotú emitió estas palabras: “dijérase un rincón humilde, sin nombre, aunque letificante y ameno”. Pues bien, al paso de los años, por irradiación de su hijo ilustre, y por histórico acuerdo de la Asamblea Legislativa del Estado Trujillo, ya este Municipio tiene un nombre glorioso: el de José Gregorio Hernández.

Este homenaje surgió, como surgen los hechos decisivos, como súbita consagración con validez irrefutable. Como si nadie antes se lo hubiera propuesto; como si todos antes lo hubieran pensado, y para hacerlo no hubiera faltado sino la ocasión excepcional. La Asamblea Legislativa del Estado Trujillo lo acordó por unanimidad, y unánime hubiera sido el voto popular si se lo hubiera sometido a referéndum. Mas no temo decir, al llevar la palabra en este acto por honrosísima distinción que se me ha conferido y que jamás podré olvidar, que no es al doctor José Gregorio Hernández a quien se está enaltecendo cuando se designa con su

nombre el Municipio donde por vez primera vio la luz; Trujillo, un Estado cargado de gloria, añade a sus títulos de merecimiento, este otro de insospechados quilates, por tener en su seno la cuna de aquel santo apóstol de la ciencia y del bien.

La historia de muchos hechos portentosos, envuelta de leyendas, flota entre la neblina de los Andes trujillanos; sus enormes montañas y sus cálidos valles han sido escenario de interminables luchas, a la vez que infinitos trabajos; el esfuerzo de sus habitantes por asegurar la existencia los preparó para las campañas de combates heroicos y para las hazañas sin nombre de las guerras civiles; Trujillo ha sido vértice de convergencias, punto de partida de expediciones sin destino, escenario donde se mezclaron la valentía suicida de los aborígenes y el coraje irreductible de los conquistadores. Ahogados entre sus serranías, sus incanzables pobladores emigraron en las más variadas direcciones, para contribuir a fecundar en la brega ímproba el gentilicio nacional; mientras, apegados a sus tradiciones, los que se sembraron en su suelo vieron pasar las generaciones identificadas por sucesos de trascendencia incalculable, diferenciados por acontecimientos que no se consumieron hasta la profundidad de los cimientos los anales de la historia patria.

Tierra sacudida por contrastes, parece una lógica consecuencia del destino el que la Providencia le hubiera concedido el privilegio de acunar a quien, si lo permite Dios, va a ser el primer venezolano llevado a los altares. ¿Por qué no?, ¿No nació aquí, solar de gladiadores, el primer Presidente - recia estirpe civil - que tuvo

nuestra recién nacida República?. Trujillo vio firmar, por la mano estremecida del Padre de la Patria, en noches de dramatismo inenarrable, la trágica proclama de la Guerra a Muerte; Trujillo vio abrazarse, en momento sin par, al Marqués de la Puerta, Conde de Cartagena, Comandante Supremo de los Ejércitos del Rey de España, con el Libertador, entrado ya en la gloria, ya Presidente de la República de Colombia. En ese camino de contrastes, no puede sorprender a nadie que hayan nacido en esta misma tierra “el Diablo” y el Santo; Antonio Nicolás Briceño en Mendoza, a las orillas del Momboy, que por rara coincidencia arrullara también la infancia de ese dulce prelado de cáscara amarga que fue monseñor Miguel Antonio Mejía; José Gregorio Hernández en Isnotú, que por la virtud de su hijo preclaro ha venido en cierto modo a convertirse en la capital espiritual del Estado.

Aquí, pues, en este mismo sitio, nació hace poco más de un siglo el varón a quien la fe del pueblo ha llevado a la veneración del santoral antes de que haya emitido su veredicto final la obligada prudencia de la Iglesia. Podemos imaginar la ansiedad del padre, don Benigno, cuando a los dos años justos de su matrimonio recibía de su esposa doña Josefa Antonia, el regalo invaluable del predestinado primogénito. Estrecho el asiento topográfico del pueblo, se lo describe como teniendo solamente dos calles: larga una, hasta casi dos kilómetros; corta la otra, apenas de seis cuadras; sin plaza, por carecer de terreno encerrada con terrenos particulares; sin ambición de parecer pero con vocación de servir. Podemos suponer la influencia del clima, suave, a una altura aproximada a la de Caracas sobre el

nivel del mar; del paisaje bucólico, aunque tallado por la majestad de las montañas; podemos estimar la huella que el ambiente dejaría en su espíritu; porque si no pudo reparar en él cuando lo trasladaron a los tres meses de nacido, a Escuque, a recibir las aguas del bautizo de manos del Pbro. Sinforiano Briceño, ni aún quizás plenamente cuando fue llevado a Betijoque de tres años a que lo confirmara monseñor Bosset, seguramente lo recorrería muchas veces antes de que, a los cartoceros años de edad, saliera hacia Caracas a seguir la clara vocación médica que no lo abandonó en toda su vida.

¡Que lejos estaba Caracas!. Había que atravesar los cerros empinados, salir al Lago por llanuras caniculares, navegar en piragua a Maracaibo y surcar el Caribe para alcanzar La Guaira, trasbordando seguramente en Curazao. No era fácil volver. Pero de Isnotú fueron los primeros años de la formación; aquí sufrió la que debió ser la más honda emoción de su vida, a los 8 años de su edad, la muerte de su insigne madre. A sus calles y campos volvió, doctor en Medicina, a los diez años de la primera partida. Entonces se proyectó a Betijoque, Valera, Boconó; después llegó hasta Mérida y el Táchira, atravesando por caminos increíbles las cumbres andinas que debían parecer infranqueables. Un año después salió para Europa, donde se hallaba cuando murió su padre; y casi veinte años más tarde, cuando apenas contaba 55 de existencia, súbitamente fue tronchado su camino por un accidente absurdo, cuando se hallaba en pleno ejercicio de caridad.

Tenía que ser de Trujillo, tierra de contrastes, para que este varón santo que prestigia su región nativa

como prestigia a toda Venezuela, fuera en sí mismo hombre de paradojas. No se trata de un santo de tonsura, sino de uno cuyas estampas recorren el país tocado de sombrero tirolés; era un santo del pueblo, salido de la Universidad; para él la santidad fue el ejercicio de la ciencia; si algún símbolo gráfico debería acompañar sus imágenes, debería escogerse un microscopio. Los primeros homenajes se le rindieron por su ciencia, como indiscutido fundador de los estudios de Medicina Experimental de la Universidad Central de Venezuela, primer profesor de la Cátedra de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología, el 5 de noviembre de 1891. Por resolución ministerial se veló su cadáver en el Paraninfo de la Universidad: pero a las puertas del viejo edificio lo arrancó el pueblo de los hombros de sus discípulos, reclamándolo como cosa suya..”. No era un muerto a quien se llevaba a enterrar - describía alguien que no compartía sus ideas -; era un ideal humano que pasaba en triunfo, electrizándonos los corazones; puede asegurarse que en pos del féretro del doctor Hernández todos experimentábamos el deseo de ser buenos”. Esto dijo nada menos que Rómulo Gallegos.

Extraña y sugestiva figura de quien estudió más que nadie pero no se quiso encerrar en los libros; de quien mantuvo, según Carbonell, una “castidad varonil y edificante”, sin gazmoñerías ni aberraciones misóginas; que supo conjugar la audacia científica y el fervor religioso, la convicción ideológica más firme con el más noble y reflexivo ejercicio de la tolerancia. Uno de sus brillantes discípulos lo declaró como el hombre “más severo, más justo y más bueno” que había conocido; trilogía nada

fácil, porque no es frecuente acompañar la severidad con la justicia, y menos todavía, la severidad y la justicia con lo que comunmente entendemos y con lo que debe entenderse por bondad.

Un santo trujillano tenía que ser así. La blandura no es el fruto habitual de estas reciedumbres geográficas. El Dr. Hernández no fue un accidente extraño de estos lares impregnados de acción. No era un contemplativo; y por ello, a pesar de su teresiano fervor místico, no logró permanecer en la Cartuja. Su unión con Dios reclamaba de él un infatigable apostolado directo sobre las criaturas.

La tumba que recoge sus restos ha dejado de ser un sepulcro para convertirse, por la voluntad popular, en un santuario. Flores y lámparas casi no dejan ver el epitafio debido a la pluma de José Eustaquio Machado, vencedor en el concurso promovido por un gremio de obreros y artesanos y que así lo describe: “Médico eminente y cristiano ejemplar. Por su ciencia fue sabio y por su virtud justo. Su muerte asumió las proporciones de una desgracia nacional. Caracas, que le ofrendó el tributo de sus lágrimas, consagra a su memoria este sencillo epitafio, que la gratitud dicta y la justicia impone”. Pero, hace mucho pasó la hora de las lágrimas. La voluntad comunitaria decretó irrevocablemente el tiempo de la glorificación. Isnotú se reviste de esplendor, por la iniciativa esclarecida del Obispo Rojas, ante la autoridad eminente de la púrpura cardenalicia y la presencia formal de los poderes públicos y la concurrencia plenaria de la muchedumbre. Porque el doctor Hernández, hombre de selección, es el santo de las mul-

titudes. “Siervo de Dios”, lo es en el más noble sentido del vocablo, porque fue siervo del pueblo. La voz del pueblo, que es voz de Dios, lo ha proclamado santo; él amó a Dios, a un mismo tiempo, en la divinidad y en las criaturas, que es la forma más completa de amarle.

Cuando llegue el momento de decir: “lo que hicistes a uno de estos pobrecitos, a Mí lo hicisteis”, uno de los que va a escucharlo con más dulce acento es el doctor José Gregorio Hernández. Por esto, el día en que la Asamblea Legislativa, como la presentación del pueblo, se suma a las conmemoraciones centenarias perennizando su nombre en la geografía política de Venezuela, está ni más ni menos interpretando a ese pueblo a quien representa. Interpretándolo, precisamente, en la época en que los pueblos alientan con mayor intensidad el llamado inexorable de la justicia; en que los humildes reclaman, con voz que resuena *in crescendo*, el reconocimiento efectivo y cabal de sus fundamentales derechos. Si Venezuela va a tener su primer santo y su fama está ya consagrada no sólo por el regocijo de la Iglesia sino también por los homenajes del Estado, bendigamos a la Providencia que permitió que ese santo fuera un hombre de carne y hueso, que entró a la intimidad de todos los hogares, que amó a los pobres y sufrió con ellos, y cuya vida fue un cántico incesante a la justicia y a la caridad.

Justicia y caridad, fe y tolerancia, servicio a la comunidad y amor inagotable por los que menos tienen y más sufren, es lo que más perdura como la afirmación de su imagen, cuando se va extinguiendo el solemne ceremonial del protocolo con que se cierran las fiestas

centenarias. Pero estos cien años constituyen apenas el comienzo. Bien podríamos, por tanto, decir, con el propio José Gregorio Hernández después de describir un canto de maitines: “ La tierra y los demás astros continúan su incesante revolución en el espacio. Los hombres duermen o corren al placer por el ancho mundo. Las aves nocturnas ensayan su dulce canto. En el coro, el oficio divino se sigue desarrollando en toda su belleza; pidiéndose en él la misericordia y el perdón para los malos y para los buenos, para los que gozan y para los que sufren, principalmente para los dichosos, porque a los que son desgraciados les sirve de crisol el sañudo dolor!”.

Señores:

Bajo prometedores auspicios se inicia la construcción del gran Santuario de Isnotú, en el municipio José Gregorio Hernández. A vuelta de muy pocos años ya será -estamos seguros de ello - un grandioso monumento nacional.

ÍNDICE

Presentación	5
Carta a Su Santidad Sumo Pontífice Paulo VI	7
Respuesta al Excelentísimo Señor Don Rafael Caldera	11
Palabras del Señor Presidente de la República Doctor Rafael Caldera en la Ceremonia Oficial de Despedida de Su Santidad Juan Pablo II	17
Tres Discursos Sobre José Gregorio Hernández	21
Espíritu Universitario : Hernández y Razzetti	23
El Diremos Mañana de la Lección Perenne	33
Tierra de Contrastes	59

Fotografía

MARIANO U. DE ALDACA

Corrector de Pruebas

JAVIER DURÁN

Diseño y Supervisión Gráfica

MARÍA GUADALUPE CASTILLO X.

LINA TORRES SALAS

Papel

IKONOFIX, 150 GRS.

Fuentes Empleadas

NEW BASKERVILLE, MEDICI SCRIPT, SHELLEY ANDANTE

Montaje Electrónico

GRÁFICAS ARMITANO, C. A.

Selección de Color

GRÁFICAS ARMITANO, C. A.

Impresión y Encuadernación

GRÁFICAS ARMITANO, C. A.

ISBN 980-03-0213-1

© EDICIONES DE LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA 1996

